

Breve en la Página 69

- Jorge Bezares -

El hombre había llegado muy lejos, demasiado lejos. Una colonia chino-estadounidense de un millar de personas acaba de instalarse en Valle Marineris, un enorme cañón en el ecuador de Marte. Nieva en Madrid desde el 2 de mayo y el verano, un año más, ha sido invierno, el crudo invierno de 2062. Miro el calendario y me doy cuenta de que hoy cumpla 80 años y llevo ya quince disfrutando de una merecida jubilación. Y me convengo a mí mismo de que ya ha llegado el momento de relatar con pelos y señales una de las conspiraciones más graves y disparatadas que sufrió la Democracia española en toda su historia, y de la que sólo trascendió una noticia breve en la página 69 del periódico *La Razón* el 5 de diciembre de 2007.

He elegido este preciso instante porque siento que mis días se acortan, mis fuerzas disminuyen y mi memoria flaquea, y es mi deseo dejar testimonio escrito de los graves hechos que acontecieron en los últimos meses de la presidencia en el Congreso de los Diputados de don Manuel Marín González, en el convulso año de 2007. Palabra de Agapito López Bartolomé, natural de Gijón, viudo de la primera mujer que me dio su teléfono, con cinco hijos y quince nietos, nacido de María y José y con el DNI caducado.

Todo empezó el día en que el presidente del Congreso encontró una colilla en la puerta de su despacho. El grito que lanzó sonó a aullido y pude escucharlo nítidamente en el salón de los Pasos Perdidos, donde me encontraba despistado, en tareas más contemplativas que administrativas, tras haber comprobado que el escaño del presidente del Gobierno estaba en el hemiciclo, en su sitio y sin rastros de ninguna ONG.

Todos acudimos como un rayo temiendo lo peor, y nos encontramos al presidente en la misma puerta, descompuesto y manteniendo con el pulgar y el índice de su mano derecha los restos de un cigarrillo. Pude apreciar, en ese mismo instante, que se trataba de un *ducados*. Uno de los primeros en llegar fue mi jefe, el ujier Antonio Salados. Fue él quien, haciendo acopio de todo el tacto acumulado en 30 años de servicios, asumió la delicada tarea de preguntarle al presidente qué había pasado.

-¿No lo ve. Un desastre. Alguien está fumando en el Congreso de los Diputados. Dentro de una hora, preséntense el comisario de Policía y usted en mi despacho. Vamos a tomar medidas, contestó el señor Marín a Salados.

No supe nada más del asunto hasta el día siguiente. Salados y el comisario de Policía, Juan Alzate, nos citaron a Antonio Leiva Garzón, un policía cincuentón y solterón de la

Escala Básica, natural de la localidad gaditana de San Pablo de Buceite y forofó del Cádiz Club de Fútbol, y a mí en un trastero de la tercera planta del edificio anexo 2 del Congreso. Allí, en apenas tres metros cuadrados, rodeado de escobas y fregonas, en el mayor de los sigilos por metro cuadrado, nos encomendaron la misión de nuestras vidas, o eso, al menos, nos dijeron nuestros superiores. Habíamos sido elegidos personalmente por don Manuel Marín para investigar los malos humos que se respiraban en el Congreso, según palabras de mi jefe.

En un primer momento, creí que se refería al clima de crispación creado por los dos partidos mayoritarios y me mostré sorprendido de que un ujier hubiera sido elegido para una tarea para la que no tenía ni competencias ni conocimientos.

Pero Alzate, visiblemente enfadado, me corrigió: «Vamos a ver, Agapito, usted cree que nosotros estamos aquí para intervenir en política? Si hubiera sido lo que ha imaginado, el trabajo se lo hubieran encargado a los servicios secretos, por el amor de Dios. Se trata, y tome usted también buena nota, Leiva, de que investiguen quién o quiénes están infringiendo la prohibición existente de fumar en espacios cerrados desde que se promulgó la Ley Antitabaco; en concreto, en el sitio del Congreso de los Diputados. Las pesquisas deben hacerlas con la máxima discreción. En un mes, un día antes de la celebración del Día de la Constitución, el presidente quiere un informe detallado para desenmascarar públicamente a los subversivos, aunque dentro de quince días nos ha citado para saber de primera mano cómo va la investigación. Para ello, para que puedan cumplir con el cometido asignado, quedan ustedes liberados de todo servicio. En vuestras manos queda el prestigio de los ujieres y de los policías del Congreso ¿Entendido? Pues bien, a trabajar».

Salimos del trastero de uno en uno con muy buenas maneras detectivescas, según nos aseguró el comisario para elevar nuestra autoestima. Leiva y yo nos citamos en la cafetería del hotel Villa Real a las 15,15 horas, después de terminar nuestro turno en el Congreso.

Cuando llegué, el policía apuraba una cerveza con la mirada clavada en una taquígrafa rubia nacional, de pechos sobresalientes y labios de chupón.

-«Menudo marrón nos ha caído», le dije sin lograr captar su atención.

-«Ah, sí, bueno, no está mal, qué vamos a hacerle», me respondió sin mirarme.

-«Pero, hombre, atiéndeme porque nos estamos jugando mucho», le reproché visiblemente enfadado.

Leiva volvió la cabeza, me miró fijamente y sentenció: «No te preocupes, todo está controlado. Lo primero que vamos a hacer es enviar la colilla a la Policía Científica, por si encuentran saliva y, por tanto, ADN».

La autosuficiencia de mi socio me tranquilizó. Quedamos en vernos a la mañana siguiente, y abandonamos el local dejando a la rubia saboreando el último trago de un zumo de tomate.

A media mañana, nuestros jefes nos citaron de nuevo en el trastero. La vicepresidenta primera del Congreso, Carme Chacón, había hallado en un cajón de la mesa de su despacho otra colilla. Salados nos mostró una bolsa de plástico y en su interior pudimos ver que, efectivamente, eran los restos de un cigarrillo, aunque, en esta ocasión, sin ningún género de dudas, se trataba de un pitillo rubio, un *camel* para más señas.

«Esto es más grave de lo que podíamos imaginar. Aquí hay reincidencia por un lado y vulneración de un despacho privado por otro», nos dejó claro Alzate.

Convinimos en que lo mejor era enviar, de inmediato, las dos colillas a la Policía Científica, con la orden expresa de que los resultados estuvieran a primera hora de la mañana.

El informe lo tuvimos en nuestras manos a la hora prevista, mientras Leiva y yo desayunábamos café con porras en la mesa más apartada de Casa Manolo, que, a su vez, era la más discreta. Estábamos convencidos de que teníamos en nuestras manos la primera gran pista, la que nos llevaría a resolver el caso. Pero el resultado fue tan sorprendente como decepcionante: no había ni huellas ni rastros de saliva. Leiva, con una mueca de preocupación, me comentó con una voz intermitente y temblorosa: «No hay ADN. Nos enfrentamos a unos profesionales».

A mí me asaltó un sudor frío, y las porras se sublevaron en mi estómago provocándome una descomposición súbita. Permanecimos unos minutos en silencio -una eternidad para mis intestinos- hasta que no pude más y salí a toda prisa hacia el prehistórico retrete de Casa Manolo, pero sin levantar sospechas.

Cuando volví me encontré a otro Leiva. Me alivió verle con una sonrisa en la cara. Me senté y me contó: «Ya lo tengo: vamos a elaborar, de entrada, una lista de los fumadores del Congreso: periodistas, diputados y personal. No va a ser difícil. Basta con que nos apostemos en el patio; allí van a parar, tarde o temprano, todos. Esta tarde hay pleno y podemos empezar a trabajar».

Así lo hicimos, y descubrimos que, en el colectivo de fumadores, había destacados representantes de todos los partidos políticos: Ignacio Astarloa, José María Benegas,

Agustí Cerdà, Ángel Pérez, Emilio Olabarría, Josep Sánchez Llibre y José Antonio Labordeta. Los periodistas y los funcionarios tampoco se quedaban atrás: uno de cada cuatro, más o menos, compareció por el patio a pesar de las bajas temperaturas.

Con los datos sobre la mesa de este primer trabajo de campo, concluimos que un 15,15% de los usuarios habituales del Congreso fumaba. Decidimos hacerle un seguimiento a Astarloa y Benegas, por ser dos empedernidos fumadores. El policía se adjudicó al popular y a mí me tocó, por el método matemático de eliminación, el socialista.

Aquella mañana, Benegas presidía, en ausencia del presidente, enfermo, la Comisión de Asuntos Exteriores. Todo transcurría con normalidad: el ministro Miguel Ángel Moratinos explicaba los detalles del acuerdo tripartito alcanzado sobre Gibraltar; Gustavo de Arístegui, del PP, movía la cabeza en señal de desaprobación mientras se ajustaba el nudo *windsor* de su corbata; Jordi Xuclà, de CiU, hacía un solitario con dos barajas; Joan Tardà, de ERC, estaba impaciente por defender una PNL que reclamaba la independencia del Peñón y su zona de influencia; Joan Herrera, de IU, esgrimía una pancarta en la que se podía leer: «Salvemos a los *macacus sylvanus*, los últimos gibraltareños», y Emilio Olabarría afilaba en una piedra vasca en miniatura su verbo florido.

Pero, cuando la sesión superó las dos horas, Benegas empezó a moverse en su asiento con evidentes signos de incomodidad. De buenas a primeras, sacó un cigarrillo -pude ver claramente que se trataba de un *winston*- y lo encendió disimuladamente, protegiendo el acto furtivo con sus manos de pelotari vascuence. El ujier que estaba de guardia amagó con acercarse a él, pero el diputado socialista lo paró en seco llevándose el dedo índice de la mano derecha a los labios. «Chitón», le dijo, según pude leer en sus labios.

Salí entusiasmado y busqué a Leiva. Nos encontramos en el patio. Le conté lo que había presenciado y nos fundimos en un espontáneo pero discreto abrazo. Mi socio también había tenido una mañana fructífera: se situó cerca del despacho del diputado popular, lo siguió hasta un servicio cercano y pudo comprobar que, del aposento íntimo que ocupaba Astarloa, salía una densa nube de humo de cigarrillo, con alguna filigrana de regocijo.

-«Es un *lm* rubio, no me cabe ninguna duda», me reveló eufórico.

Comunicamos nuestros descubrimientos a nuestros superiores, que nos ordenaron que siguiéramos tirando del hilo hasta dar con òtodos y cada uno de los fumadores clandestinosö.

Entonces decidimos que, tras la sesión de control del Gobierno del día siguiente, cuando todo el mundo abandonara el Congreso, haríamos una inspección ocular de servicios, pasillos, despachos y salones en busca de nuevas pistas.

Mi socio me llamó a primera hora de la mañana y me comunicó que ese día no iría a trabajar porque estaba enfermo: las bajas temperaturas del patio habían hecho mella en él. Me sugirió que yo hiciera en solitario el trabajo previsto porque el tiempo corría en nuestra contra.

Esperé pacientemente a que terminara la sesión. Una vez que comprobé que todos habían abandonado el palacio del hemiciclo, burlé la presencia policial y entré en él provisto de una linterna. Mi mono de color negro, adquirido en una tienda de la calle Mayor y pagado en metálico para no dejar rastros electrónicos, me convertía en un ser absolutamente invisible. Requisé tres colillas en los servicios de caballeros y siete en los de señoras.

Cuando caminaba por el pasillo que rodea el hemiciclo, conocido como la M-30, un aire gélido me sacudió la nuca y me hizo mirar hacia atrás. Una voz de ultratumba, que parecía salir del busto de Julián Besteiro, me llamó por mi nombre: òAgapipipitoooo!ö. Me quedé petrificado, inmóvil, muerto en vida. El busto me sonrió, me pidió que me acercara y me habló con familiaridad: òNo te asustes, Agapito, he utilizado ese tono para captar tu atención. Pero no tienes nada que temer. Soy Julián Besteiro, el presidente de las Cortes Constituyentes de la II República, y he sido elegido por todos los presidentes del Congreso para ayudaros en la investigación que os han encomendado a ti y a Leiva. Lo primero que tenéis que saber es que los hechos son más graves de lo que os podéis imaginar. Detrás de las colillas hay una conspiración con conexiones internacionales con el objetivo de socavar la autoridad del presidente Marín y de debilitar uno de los pilares básicos de vuestro actual régimen de libertades. Todas las noches acudid a mí, a medianoche, y os daré información reservada para que podáis abortar la conjura. Aquí va la primera pista: el jefe de la conspiración puede parecer no fumador, y Benegas y Astarloa no son el problema. Mañana os espero a los dos. No me llaméis por mi nombre, llamadme *Garganta Profunda*ö.

Sin mediar palabra, me di media vuelta y salí a una velocidad absolutamente inadecuada para la M-30 de la Cámara Baja. Menos mal que ninguno de los policías de guardia me

vio porque el pavor que me asaltó me hizo no guardar la debida cautela a la hora de abandonar el palacio del hemiciclo.

A la mañana siguiente me cité con Leiva en el trastero, violando sin permiso el campamento base elegido por nuestros superiores. El policía se asustó cuando vio que yo tenía peor cara que él. Le conté mi conversación con el busto de Julián Besteiro - perdón, con *Garganta Profunda*-, y me respondió tras soltar una carcajada: òAnda ya, tú estás *majarón*. Los bustos no hablan; si me hubieras dicho la estatua de Isabel II o el cuadro de Alfonso XII, pues probablemente te hubiera creído, pero un busto; ¡vamos, hombre!ö.

No supe qué decirle. No entendía por qué Leiva no creía mi historia por el hecho de que mi confidente fuera un busto.

-ò¿Si te hubiera dicho que era una estatua o un cuadro, me hubieras creído?ö, le pregunté sin salir de mi asombro.

-òPor supuesto, faltaría más. Un busto es un fantasma mutilado, incapaz de cobrar vida. Eso lo sabe hasta un tonto, o es que no has visto nunca *Cuarto Milenio* en la tele de Gabilondo. Pero, bueno, supongamos que era una estatua o un cuadro, y damos credibilidad a sus palabras. ¿Me has dicho que te informó que el jefe de la conspiración puede parecer no fumador, y de que Benegas y Astarloa no eran el problema? No me cuadra, pero hagámosle caso, aunque los no fumadores son la inmensa mayoría en el Congreso, y nuestro trabajo será, por tanto, más arduoö, me respondió mi socio.

Mientras nuestra investigación se complicaba, el presidente Marín llevaba días sin dormir y estaba al borde del colapso. Con los reflejos bajo mínimos estaba a merced de sus enemigos de la oposición y de su propio partido.

Según supe por Salados, Carme Chacón, que había encajado con más serenidad el incidente, intentó tranquilizarlo: òManolo, lo peor que nos puede pasar es perder el control. ¿Te imaginas que se enteran los medios de comunicación de que tenemos una crisis por este asunto? Nos machacarían, nos tildarían de incompetentes, de incapaces de hacer cumplir la Ley Antitabaco. ¿Me entiendes? Ni Rubalcaba podría defendernosö.

-òPero esto es muy grave, Carme. Estoy convencido de que vienen por mí. ¿Tú eres consciente de la cantidad de diputados a los que he retirado la palabra, llamado la atención o expulsado? Bueno expulsado sólo a Pujalteí Ya está, seguro que Pujalte está en el ajo; ese tío me odia más que nadie, más que Zaplana y Acebes juntosö, le espetó el presidente del Congreso.

-õNo veas fantasmas, Manolo. Pujalte, que yo sepa, no fumaõ, le hizo ver Carme Chacón dándole a sus palabras un tono de cordura.

-õ¿Ni un puro de vez en cuando? -negó la vicepresidenta con la cabeza- ¡Qué lástima!õ, lamentó Marín con cierta frustración.

Entonces, cuando no sabíamos por dónde tirar, se me ocurrió que podíamos preguntar en los estancos más cercanos al Congreso. En un radio de 500 metros, tomando como punto de referencia la puerta principal, había cinco. En el que está situado en la calle Cedaceros, la propietaria nos informó que allí compraban tabaco pocos diputados. Cuando nos íbamos, recordó, sin embargo, que un joven, de raza árabe y acento vasco, adquiriría últimamente gran cantidad de cartones de varias marcas. Lo sabía porque el chico le comentó, entre risas, que eran para el Congreso. La señora nos confesó también que pensó inicialmente que habían puesto una máquina de tabaco en alguna de las cafeterías del Congreso, pero lo descartó cuando se acordó de Zapatero, la ministra de Sanidad y la Ley Antitabaco de forma muy poco respetuosa.

Leiva y yo decidimos montar una guardia permanente en la puerta del estanco, esperando que apareciera el árabe que compraba tabaco para el Congreso. La propietaria quedó en que nos avisaría, haciendo un sutil corte de mangas, cuando el joven saliera del establecimiento.

Al segundo día, nuestro sospechoso apareció a primera hora de la mañana. Tras abandonar el estanco, la propietaria nos hizo la señal convenida. El árabe, con varias bolsas de plástico repletas de tabaco, siguió por la calle Cedaceros, cruzó la Carrera de San Jerónimo y entró en hotel Urban. A los pocos minutos salió sin el cargamento. Leiva se quedó vigilando en la puerta del hotel, donde trabó amistad -según me contaría después con cierta ambigüedad- con un portero somalí de dos metros, homosexual y licenciado en Lenguas Muertas por la Universidad de Bolonia. No le contó nada, pero quedaron en que ese encuentro sería õel principio de una gran amistadõ.

Yo seguí al árabe hasta el Metro de Banco de España y entré tras él a diez pasos justos de distancia, siguiendo las recomendaciones que Pepe Carvalho recoge en su libro inédito *El Manual del Buen Detective*, con prólogo de Manuel Vázquez Montalbán. Se bajó en la estación de Sol, recorrió toda la calle Preciados y se metió de nuevo en el Metro, en Callao. Estaba jugando al despiste. Con total discreción, como un auténtico profesional, le seguí hasta que se bajó en la estación de Bilbao.

Desde allí caminó hasta un restaurante situado en el número 69 de la calle Alburquerque. Se llamaba Kale Levante. Era una especie de híbrido culinario: el menú

era típicamente vasco, con sus merluzas y sus carnes rojas, pero presumía de las mejores paellas valencianas de Madrid, según se podía leer en una carta amarillenta colocada en la fachada del establecimiento. Allí dejé a nuestro sospechoso. Caía la noche y en pocas horas debíamos visitar a *Garganta Profunda*. Leiva no estaba muy por la labor, pero logré convencerlo de que me acompañara tras hacerle ver que lo nuestro era un trabajo en equipo.

-¿Que conste que no me hace gracia que nuestro informador sea un busto, pero lo hago por los policías y los ujieres del Congreso, me explicó con poco ánimo.

Quedamos en vernos allí a las 23,55 horas. Yo llevaba mi mono negro y Leiva apareció vestido con ropa de camuflaje, la misma que se trajo de Melilla cuando sirvió en los Regulares. Ni que decir tiene que le quedaba algo prieta. Por fortuna, los policías no se percataron de nuestra presencia y si lo hicieron, bien pudieron pensar que, con tales indumentarias, se trataba de una alucinación.

Garganta Profunda no se anduvo con rodeos y, cuando estábamos frente a él, le reprochó a Leiva directamente sus prejuicios sobre los bustos: «Ya ves, estimado investigador, los bustos también existimos pese a las habladurías que propagan policías analfabetos, expertos de pacotilla en apariciones ¿Crees ahora a tu compañero?» Mi socio asintió con la cabeza, incapaz de articular palabra alguna más por vergüenza que por miedo.

«Bueno -continuó *Garganta Profunda*-, vamos al grano. Estáis tras la pista buena. El árabe es sólo un peón de este tablero conspirativo, pero tenéis que andaros con tiento: uno de vuestros jefes forma parte de la trama contra el presidente Marín y os va a intentar manipular para que fracaséis. Mañana os volveré a ver a la misma hora. Y recordad, nada de Besteiro, *Garganta Profunda* me gusta más. Que la tricolor alumbre vuestros pasos. Bueno, que la constitucional os ilumine. Hasta mañana».

Al día siguiente, las plantas que ocupan las direcciones de los grupos socialista y popular en el edificio nuevo del Congreso aparecieron inundadas de ceniceros repletos de colillas. El presidente Marín estaba que se subía por las paredes. Según me contó un paisano mío del servicio de escuchas del CNI, el escándalo, porque ya sí que era un escándalo pese a que la prensa aún no se había enterado de nada, había llegado a oídos del mismísimo José María Aznar, quien, por lo visto, cambió sobre la marcha el título de la conferencia que estaba a punto de impartir por enésima vez en la Georgetown University. «Ya no me vale *España se rompe*, ahora es *España se consume*», le comentó entristecido a su yerno, Alejandro Agag, que lo intentó consolar mostrándole dos

entradas VIP de *boxer* para el Gran Premio de Fórmula-1 de Australia, con derecho a una extensa entrevista en la cadena de televisión australiana de más audiencia. El gallego José Blanco, brillante secretario de Organización del PSOE, también se enteró del incidente por un chivatio a media jornada que tenía en el Grupo Socialista, y culpó a Marín, a Guerra y al mismísimo Felipe González por su oposición soterrada al PSOE de Zapatero, a la España de Zapatero, que les lleva a cometer actos de sabotaje contra la Ley Antitabaco. «Seguro que han sido ellos», gritaba en su despacho de Ferraz a Óscar López, la mano derecha de la mano derecha del presidente del Gobierno, que lo intentó calmar dándole la razón: «Sí, jefe; seguro, jefe. Su análisis es perfecto, perdón *perfeto*». A media mañana, siguiendo los consejos de nuestro confidente, eludimos a nuestros superiores y nos dirigimos al restaurante de la calle Alburquerque, con la intención de conocer por dentro uno de los lugares clave del caso. La comida de trabajo transcurrió sin sobresaltos. Por su dueño, Anselmo Naranjo, supimos que la gastronomía vasco-valenciana que impregnaba la carta del Kale Levante se debía a que su mujer era de San Sebastián y él de Alcáser. «Además convendrán conmigo que estamos ante las dos cocinas españolas más importantes, con permiso de la gallega, ¿no?» nos convenció lleno de buenos platos.

Poco después, en la pequeña barra de la entrada, vimos al árabe del estanco de la calle Cedaceros, uniformado de barman, preparando la sangría que habíamos pedido. Sin perder detalle, nos comimos de entrada unas cocochas en salsa verde para abrir boca, unos pimientos del piquillo con anchoas de Santoña, una tabla de un queso curadísimo y un plato de jamón de, por los menos, 5 o 6 jotas. Continuamos con una paella de pollo y langostinos pero con mucha verdurita para no engordar. Leiva remató la faena con un arroz con leche, un café cortado, un orujo de hierbas, el agua tibia con limón para lavarse las manos y un *omeprazol*, y yo me tomé una crema catalana, un café americano y un orujo blanco, que es más digestivo. Por supuesto, la factura -200 euros más 10 de propina- se la pasaríamos al Congreso.

Con todo, salíamos insatisfechos. Pero cuando estábamos en la puerta, mi socio se percató que había un banderín de la Real Sociedad Club de Fútbol y otro del Levante Unión Deportiva, como hermanos por el matrimonio que regentaba el restaurante. De inmediato, nos volvimos, buscamos al dueño y le preguntamos si eran aficionados al fútbol.

-¿Aficionados? No. Somos forofos, sufridos seguidores de dos equipos que parecen condenados al descenso, si no reaccionamos, claro», nos respondió Naranjo.

-¿Y usted por qué es del Levante y no del Valencia?, le insistí dando sensación de poco interés.

-Pues porque mi padre era del Levante y antes lo fue mi abuelo paterno. Cosas de los genes, diría yo, contestó ciertamente orgulloso.

Leiva vio que el propietario estaba dispuesto a hablar y precipitó el sutil interrogatorio: ¿Viene por aquí algún diputado a comer con frecuencia?

El dueño reaccionó con cara de pocos amigos y le soltó a mi compañero: Nosotro somos apolíticos y muy discretos; perdonen, pero tengo que atender a otros clientes. Antes de dejarnos, nos hizo abonarle en metálico los dos *chupitos*, que habían corrido, en teoría, por cuenta de la casa.

Mi socio y yo salimos convencidos de que allí había gato encerrado. Entonces, mi compañero se acordó de que Vicente Martínez-Pujalte era directivo del Levante. Nos miramos fijamente y nos abrazamos en medio de la calle, dando rienda suelta a nuestra alegría de verlo, ahora sí, todo más claro.

Ataviado Leiva con un chándal amarillo fosforescente del Cádiz, y yo, como de costumbre, entramos de nuevo en el palacio del hemicycle, pasadas las 0,05 horas. *Garganta Profunda* nos regañó por los cinco minutos de retraso, pero de inmediato se centró: Hoy habéis avanzado mucho al deducir que Martínez-Pujalte puede estar relacionado con la trama del Kale Levante. Pero no podéis precipitaros. Debéis recabar pruebas. Os quedan pocos días para la reunión con el presidente del Congreso. Recordad que uno de vuestros jefes está implicado. Sin levantar sospechas y sin revelar mi identidad, tenéis que lograr reuniros a solas con el señor Marín y convencerlo de que sólo se puede fiar de vuestra palabra. Os aconsejo que lo abordéis fuera del Congreso. Este domingo, muy temprano, como todos los domingos, sale a dar un largo paseo por el Retiro, sin escolta y con un pastor alemán llamado *Terco*. Entra por la puerta principal. Para ganaros su confianza, felicitadlo por su decisión, ya tomada, de marcharse a una universidad del Norte de Italia cuando concluya la legislatura. Si lo convencéis, tenéis después 14 días hasta la víspera del Día de la Constitución para cerrar el caso ¿Entendido? Bueno, pues salud y democracia.

A las seis y media de la mañana de ese domingo, Leiva y yo, muertos de frío, estábamos como dos clavos en la puerta principal del Retiro. A las siete en punto, con las claritas

del día, vimos aparecer a un señor vestido con un chándal gris con capucha, un *plumas* azul y gafas de sol. Un pastor alemán le apremiaba con tirones secos de la correa. Mi socio se cruzó en su camino, y el perro se puso en actitud defensiva y comenzó a ladrar como un descosido. Sin duda, era el presidente, pero camuflado. Yo intervine de inmediato: «Señor presidente, somos Antonio Leiva Garzón y Agapito López Bartolomé, los investigadores elegidos por usted mismo para esclarecer el caso de las colillas». Necesitamos hablarle urgentemente».

El señor Marín tensó la correa, *Terco* levantó la cabeza y fijó la mirada en él. Entonces le dijo *sit*, el perro se sentó sobre sus patas traseras y le dio una galleta (de manual).

«Estoy seguro de la urgencia. Díganme», contestó el presidente del Congreso con una amabilidad desconfiada.

Nos adentramos en el Retiro, soltó al perro, que salió desbocado, y nos sentamos los tres sobre un banco metálico tras limpiar Leiva la escarcha acumulada con un pañuelo hiperalérgico a los detergentes.

Le contamos las pesquisas que habíamos realizado hasta el momento, le advertimos de que uno de nuestros jefes estaba implicado y le dimos detalles de nuestro confidente, pero sin revelar su identidad «un alto cargo político del Congreso nos está ayudando», le dijimos-. Al presidente no le hizo gracia que no identificáramos a alguien que, sin duda, era un subordinado suyo, pero siguió escuchando nuestro relato con atención, sin interrumpirnos en ningún momento. Cuando le dije que el principal sospechoso era el diputado valenciano del PP Vicente Martínez-Pujalte, saltó como impulsado por un muelle interior y me contestó ciertamente enfadado: «Todo el mundo sabe que Pujalte no fuma ni tan siquiera puros».

Mi compañero le pidió que se sentara y le explicó que el tabaco era simplemente el medio para desestabilizarle, pero nada más.

El señor Marín se quedó muy serio y pensativo y, cuando esperábamos una espantada, comenzó a sonreír con la mirada perdida y exclamó: «¡Lo sabía, sabía que Pujalte estaba detrás de las colillas! Nunca me ha perdonado que lo expulsara del pleno del Congreso. Tienen ustedes todo mi respaldo. Sigán la misma línea de investigación. Espero vuestro informe definitivo en la fecha convenida. Yo me encargo de vuestros jefes. Nuestro contacto será Clarín, mi jefa de prensa».

El presidente de Congreso llamó a voces al perro, lo ató, se despidió y se adentró en el Retiro visiblemente contento, repitiendo voz en grito las notas musicales universales utilizadas en el primer contacto de *Encuentros en la Tercera Fase*. Leiva y yo nos

miramos y brincamos como dos chiquillos compartiendo nuestra alegría. Habíamos cumplido con nuestro objetivo, sin necesidad, además, de comentarle sus planes de futuro.

Ahora sólo nos restaba centrarnos en seguir los pasos de Martínez-Pujalte para recabar las pruebas condenatorias y descubrir el móvil de la conspiración, pero nos enfrentábamos al inconveniente de que esa semana no había prevista actividad parlamentaria.

A primera hora, el diputado socialista Francisco Fernández Marugán, con quien trabé amistad por confiarme una primera lectura del borrador de la nueva Ley de Financiación de Partidos Políticos, con anotaciones a pie de página de Josep María Sala, me comentó que, aunque no había plenos ni comisiones, Martínez-Pujalte estaría previsiblemente esta semana entera en Madrid, inmerso en la OPA de E.ON a Endesa. Se lo conté a Leiva y decidimos apostarnos ante la sede del PP, en la calle Génova. Poco antes de las 13,00 horas de ese lunes, el diputado valenciano y el portavoz del Grupo Popular, Eduardo Zaplana, entraban en ella sin prisa, sin ninguna prisa, y mascando chicle de forma estentórea.

Debió almorzar allí porque no salió hasta pasadas las nueve de la noche. Su conductor lo esperaba en la misma puerta, entró rápidamente, se acomodó y el coche arrancó hacia la noche madrileña. Con mi policía al volante de su *Renault Clío* recién comprado, le seguimos a una distancia prudente, sin levantar sospechas. Todo apuntaba a que iba hacia donde nosotros esperábamos, hacia el restaurante Kale Levante. Y así fue. Entonces nos dimos cuenta de que no podíamos seguirle hasta el interior del restaurante porque corríamos el riesgo de levantar las sospechas del propietario. Cuando estábamos abatidos, Leiva cogió mi teléfono móvil, marcó un número, se alejó unos metros y volvió con una sonrisa en la cara.

-Todo solucionado, mi amigo Souleimán, el portero somalí del hotel Urban, viene para acá. He quedado con él en que entrará a cenar, pedirá una mesa cerca de Martínez-Pujalte -no sabe quién es pero se lo describiré- y, provisto de este artilugio que siempre llevo encima, grabará la conversación de nuestro sospechoso y sus compinches, me explicó Leiva.

Souleimán llegó en un taxi en apenas quince minutos, abrazó a Leiva, que le dio detalles de la peculiar fisonomía de Martínez-Pujalte, me estrechó la mano y entró en el restaurante tras darle yo 150 euros para los gastos. Al filo de la una de la mañana, cuando mi socio y yo dormitábamos en el coche, el somalí salió del restaurante. Se

montó en el *Clío* y partimos hacia el *pub* Galileo, Galilei, situado en la calle Galileo, relativamente cerca de allí.

Nos contó que Martínez-Pujalte estaba en un reservado y que no pudo grabar nada. Pero sí escuchó parte de la conversación que mantuvieron los conjurados. Nos comentó que el diputado valenciano estaba en una especie de reunión periódica de la Peña Levantinista Aires de España, subvencionada por la presidenta de la Comunidad de Madrid, Esperanza Aguirre, por su densa actividad sociocultural, con unas diez personas más. Brindaban por la salvación del equipo y por el presidente del Congreso, entre carcajadas.

El portero del Urban nos aseguró que uno de los comensales le preguntó a Martínez-Pujalte para cuándo estaba previsto el golpe definitivo. Souleimán juró que escuchó al diputado decir, sin parar de reírse, que muy pronto.

-¿Hablaron de colillas, de tabaco?ö, le interrumpí ansioso por conocer más detalles.

-öSí. Uno dijo que el envío de colillas estaba ya previsto, pero no me pude enterar de más. Ah, sí, mientras se fumaba un puro *montecristo* -creo que era del número 5-, el diputado subrayó que el comando vasco-árabe nunca había falladoö, me respondió.

Mi socio y yo reaccionamos como uno, perfectamente sincronizados en nuestra euforia: öPuede parecer no fumador, pero lo esö. Con alguna copa de más, cogí un taxi en dirección a mi casa mientras Leiva y Souleimán se marcharon juntos en el *Clío*.

A la mañana siguiente, con la resaca encima, mi compañero y yo decidimos informar al presidente del Congreso de nuestras últimas pesquisas. A través de Clarín le enviamos un mensaje citándolo en el trastero de la tercera planta del edificio anexo 2. Acudió puntual. Le dimos pelos y señales de todo -incluido que Martínez-Pujalte fumaba puros- y se marchó con paso atlético. Pude escucharle decir mientras se alejaba: öCarme Chacón me ha engañado. ¿Será la conexión catalana que falta? No te vuelvas paranoico, Manoloö.

A finales de esa semana, nuestros jefes nos citaron de nuevo en el trastero. Acababan de mantener la reunión de la quincena con el señor Marín. Alzate parecía desconcertado, cabizbajo, no entendía nada, pero Salados estaba visiblemente contento. Mi jefe tomó la palabra: öQueridos Agapito y Antonio, todo hace indicar que el presidente del Congreso ha perdido interés por la investigación. Ha debido darse cuenta de que el asunto no era tan grave. Nos ha informado que ha reprobado, en privado, a los diputados Astarloa y Benegas, y parece que está satisfecho. Con todo, hemos quedado en que ustedes le entregarán el 3 de diciembre el informe comprometido. Ya saben, cuentan lo de

Benegas y Astarloa, lo de que las mujeres fuman más que los hombres y punto. En prueba de nuestro agradecimiento, ustedes seguirán liberados de todo servicio hasta esa fecha. Muchas gracias. El comisario asintió sin pronunciar palabra.

Leiva y yo nos marchamos y acabamos en esa mesa de Casa Manolo tan discreta. Pedimos unas cervezas y unas croquetas como aperitivo, y sentimos, por un instante, que habíamos ligado para siempre nuestros destinos al del presidente del Congreso de los Diputados.

Esos momentos de relajación y de gloria nos bloquearon. No sabíamos por dónde tirar para completar nuestro éxito, hasta que apareció de nuevo Souleimán. Saludó a Leiva muy cariñosamente, le metió discretamente un reloj en el bolsillo de su cazadora y le susurró al oído: «Te lo dejaste anoche en la mesita de noche». A mí me estrechó la mano, me entregó la factura de la cena en el Kale Levante y me devolvió 60 euros que habían sobrado.

Le comentamos nuestra situación de bloqueo y el somalí sonrió. Nos dijo que había hecho algunas indagaciones sobre las constantes visitas al hotel Urban del árabe del tabaco. Según nos contó, se llamaba Abderramán Lasarte, era vasco de raza árabe, y entregaba los paquetes a Saddam Tafalla, un primo hermano vasco, árabe, muy religioso y recepcionista.

El portero del Urban nos indicó que el tabaco acababa en el transporte de lavandería, cuyo responsable era Ahmed Zubizarreta, primo lejano de los otros dos. Desde el hotel, según se enteró por una joven despechada con el chófer, el tabaco era trasladado a una nave industrial ubicada en el polígono industrial San Fernando, en San Fernando de Henares.

«Ésta es la dirección», nos reveló Souleimán mientras entregaba un papel a Leiva. Y añadió: «El único problema es que de día siempre hay gente y de noche está custodiada por dos dóbermans criminales. Por cierto, tenéis que saber que los primos contrataron a una cuadrilla de fumadores de opio en el barrio chino de Barcelona, que son quienes, con un ritmo de producción digno de una deslocalización, han convertido los cigarrillos en colillas».

Leiva, con las neuronas activadas por una libido por las nubes, reaccionó rápido y propuso que buscáramos una perra en celo de la misma raza, que ella se encargaría de solucionarnos el problema. Dimos con una, propiedad de un primo de mi socio, que cumplía todos los requisitos. Al día siguiente, provistos de nuestros respectivos camuflajes, llegamos al polígono y localizamos la nave sin problemas. Una valla de dos

metros y medio de tela metálica y los perros nos separaban de nuestro objetivo. Abrimos con una cizalla un agujero, metimos a la perra y los guardianes salieron a su encuentro. Cuando se alejaron entramos Leiva y yo. Los canes nos miraban pero no acababan de arrancarse. *Lisa*, que así se llamaba nuestro señuelo, los tenía bien atados a su trasero. Accedimos al interior de la nave por una ventana tras forzarla con una ganzúa.

En un rincón vimos amontonadas unas cien cajas abiertas, con la misma inscripción en todas ellas: òVinos de España, los mejores caldos del mundoö. Apremiados por el temor de que los guardias de seguridad del polígono nos descubrieran, hurgamos en ellas a toda prisa y nos encontramos con vinos de todas las denominaciones de origen. Pero ni rastro del tabaco. A Leiva se le ocurrió que, para no levantar sospechas tras el estropicio que hicimos en la valla y la ventana, lo mejor era que nos lleváramos varias botellas. Pensarían que éramos unos ladronzuelos de poca monta. Volvimos sobre nuestros pasos y recuperamos a *Lisa* gracias a un silbato.

Estábamos totalmente frustrados, y acordamos tomarnos el fin de semana libre, esperando que *Garganta Profunda* supiera perdonarnos. Llevábamos demasiados días sin descansar y las ideas y las fuerzas estaban agotándose. El jueves teníamos que entregar el informe al señor Marín, pero aún nos quedaban por delante tres días hábiles para cerrar el caso.

No me moví de mi apartamento durante todo el fin de semana, del sofá a la cama y de la cama al sofá. Leiva, por lo que me contó, no salió de la cama.

El lunes llegamos descansados, y pronto coincidimos en que debíamos volver tras los pasos de Martínez-Pujalte. El diputado valenciano nos lo puso fácil: aquel día trabajó durante toda la mañana en su despacho del Congreso. Nos apostamos cerca del número 40 de la Carrera de San Jerónimo, donde estaba la dirección del Grupo Popular. Hacia las dos y media de la tarde salió solo, miró su reloj y saludó con la mano a alguien que venía calle abajo. Para nuestra sorpresa era Anselmo Naranjo, el propietario del Kale Levante. Se saludaron muy efusivamente y se encaminaron hacia El Luarqués, un restaurante asturiano que hay en la calle Ventura de la Vega. Yo tenía una cierta amistad con su dueño, Paulete Menéndez, por mi afición a la fabada, que cultivaba, al menos, una vez al mes. Me metí con disimulo hasta la cocina, le expliqué por encima al propietario mi problema y éste me ofreció su colaboración con poca convicción.

Leiva y yo nos quedamos cerca del restaurante, sin apenas pestañear. A las dos horas salieron Martínez-Pujalte y su compinche. De inmediato entramos a El Luarqués buscando a Paulete Menéndez, que nos recibió negando con la cabeza.

-¿Te has enterado de algo?ö, le pregunté nervioso.

-Nada. Teníamos el restaurante lleno y no he encontrado tiempo. Además, ellos han estado muy discretos, como hablando entre murmullos. Sólo he podido escuchar que el diputado le decía a su acompañante que el jaque mate será este miércoles, me contestó el dueño de El Luarqués.

Salimos del restaurante y nos fuimos directamente al Congreso. Martínez-Pujalte había convocado una rueda de prensa sobre la OPA de E.ON sobre Endesa. Culpó al Gobierno de intervencionista y arremetió especialmente contra los ministros de Industria y de Economía y Hacienda. Cuando acabó su perorata se levantó y se marchó. No hubo preguntas por lo bien que se explicó.

Mi compañero y yo decidimos que debíamos tener un nuevo encuentro con el presidente del Congreso. Una vez más su jefa de prensa se prestó a servirnos de correo. Nos citó en su despacho, aprovechando que había poca actividad parlamentaria. Nos hizo cantar una contraseña que previamente nos comunicó Clarín. Hoy, después de tantos años, aún me acuerdo de ella y me emociono: öA la bim, a la bam, a la bim-bom-bam, España, España y nadie más!ö La puerta se abrió y ahí estaba impertérrito el presidente del Congreso.

Le pusimos al día de nuestra arriesgada visita a la nave de San Fernando de Henares y de la frustración que nos causó no haber encontrado el tabaco, y le anunciamos que Martínez-Pujalte tenía previsto el jaque mate para el miércoles. El señor Marín nos confesó que Pujalte le había pedido una reunión urgente para ese mismo día, a primera hora de la mañana, y que él se la había concedido. Un silencio sepulcral se apoderó de la habitación, que recobró vida sólo cuando el presidente del Congreso de los Diputados pronunció la fatídica jugada de ajedrez: öJaque mateö. Quedamos en que nos mantendríamos en contacto, pero renovamos la contraseña antes de marcharnos por si el enemigo ponía en marcha un plan de contravigilancia. A partir de ahora, en honor a San Fermín, sería öPobre de mí, pobre de míö, cantado en *la menor*.

Aquella noche volvimos a visitar a *Garganta Profunda*, pero no se nos manifestó. Cuando ya nos marchábamos, escuchamos cómo nos llamaba. Nos volvimos y nos habló visiblemente enfadado: öSois unos chapuzas, unos aficionados. Cómo os habéis atrevido a no visitarme desde el jueves pasado. El caso no está resuelto ni muchísimo

menos, fantoches. Queda mucho por hacer. El tabaco ya no está en la nave de San Fernando de Henares. Espera en un lugar desconocido, en el camino de Colmenar Viejo, en el interior de un camión, vigilado permanentemente por los tres vasco-árabes que ya conocéis por Souleimán. Ya sólo os queda esperar lo el mismo Día de la Constitución en el enlace con Castellana e impedir, como sea, que llegue al Congreso.

-¿No puede pararlo la policía?, acerté a preguntarle.

-Si este caso hubiera sido para la policía, ¿vosotros pensáis que os hubieran elegido a vosotros dos? Aquí no hay nada ilegal, excepto las colillas, y ¡vaya ilegalidad! No, hombre, vosotros formáis parte del plan: os escogió el jefe de los ujieres porque estaba convencido de que dos tipos como vosotros jamás descubrirían la verdadera trama, nos lanzó *Garganta Profunda* con cierta crueldad.

Leiva y yo nos miramos el uno al otro y vimos efectivamente a dos tipos con camuflajes ridículos, uno de negro y otro de amarillo fosforescente. Se nos cayeron los palos del sombrero cuando metabolizamos, además, que el infiltrado era Salados.

-Pero no es hora de lamentaciones; no os compadezcáis de vosotros mismos. Todavía puede ser la misión de vuestras vidas si impedís que el camión con las colillas llegue a su destino. Preparaos a conciencia y no falléis, no falléis, nos aconsejó nuestro confidente.

-Pero todavía no sabemos cuál es el móvil de la conspiración, insistí algo aturrido.

-Ya lo sabréis a su debido tiempo por don Manuel Marín. Mañana, Martínez-Pujalte le informará sobre el móvil de la conspiración y le chantajeará, le amenazará con el jaque mate de la operación que vosotros tenéis que abortar. Iros ya, mendrugos, nos contestó *Garganta Profunda* de forma más que despectiva.

El día siguiente lo pasamos en ascuas, pendientes de que Clarín apareciera. Sobre las seis de la tarde compareció la jefa de prensa y nos dijo que el presidente nos esperaba en su despacho, y nos recordó que sólo podríamos acceder a él si cantábamos la contraseña en *la menor*. No fallamos. El señor Marín nos recibió con cara de pocos amigos y nos contó que Martínez-Pujalte sólo buscaba venganza personal, que no había móvil político ni frente pro-tabaco, sino más bien afrenta deportiva: «En la última cena de Navidad de la Asociación de Periodistas Parlamentarios (APP) se me ocurrió, a modo de chiste, celebrar que el Levante había caído eliminado por el Atlético de Madrid en la Copa del Rey, y se lo dediqué a Pujalte. Unas risas y ya está. Pues bien, él me pide ahora que le garantice que el Levante no descenderá a Segunda división, si no quiero que el Día de la Constitución se convierta en un carnaval de colillas y desprestigio. Está

claro que quiere provocar un colapso institucional haciendo ver a España y al resto del mundo que en la Casa de las Leyes no se cumple la Ley Antitabaco por mi culpa, por mi gran culpa. Me ha dicho que cuenta con un grupo vasco-árabe experto en sabotajes que tiene acreditada cien misiones con un éxito del cien por cien.

-¿Usted qué le ha respondido?, le preguntó Leiva.

-Nada. Bueno, le dije que estaba convencido de que él quería vengarse de mí por la expulsión del pleno. Pero comenzó a reírse, y me aseguró que esa sanción lo convirtió en uno de los valores más firmes de la derecha española. Es más, me pidió que si continuó como presidente del Congreso, que vuelva a echarlo a la primera de cambio. Y sobre el tabaco, me dijo riéndose que fumaba puros en su despacho y que los seguiría fumando, relató el señor Marín cabizbajo.

-¿Le firmó usted el documento garantizándole como presidente de las Cortes Generales la permanencia del Levante?, le pregunté sin más dilaciones.

-No hizo falta. Él sabe que soy la única persona en España que puede salvar al Levante. Conoce la estrecha amistad que tengo con Victoriano Sánchez Arminio, presidente de los árbitros, y con Ángel María Villar, presidente de la Federación. Al primero me une que le salvé cuando éramos unos chiquillos de morir ahogado en la playa de El Sardinero, y al segundo me ata un riñón que le doné cuando su vida y su carrera futbolística corrían un serio peligro. Están en deuda de vida conmigo y ya me han dicho que están dispuestos a todo. No sé cómo se ha podido enterar. Nunca se lo conté a nadie, salvo a mi compañera Rosa Díez. Espera un documento privado muy detallado firmado por Sánchez Arminio y Villar antes de las 12,00 horas. Hay que entregarlo en el restaurante Kale Levante. Me tiene cogido por los huevos. Pero, por cierto, ahora que estamos a punto de llegar al final, ¿me podrían ustedes identificar a su informador?, a ese alto cargo del Congreso, nos pidió poniéndonos en un aprieto. Leiva y yo nos miramos, mi socio volvió la cabeza hacia el presidente del Congreso y vio a un hombre derrotado y condenado que estaba pidiendo un último deseo.

-No se lo va a creer, pero es el busto del presidente Besteiro, le informé.

-¿Cómo? ¿Qué me ha dicho usted? ¿El presidente Julián Besteiro? ¿Un fantasma en el Congreso?, explotó el señor Marín.

Con las manos sobre la cabeza nos pidió que abandonáramos su despacho, sin otorgarnos margen para darle una explicación racional sobre *Garganta Profunda*, ni para informarle que el colaborador de Martínez-Pujalte era el jefe de los ujieres.

Estábamos absolutamente derrotados, pero teníamos que sacar fuerzas de flaqueza y completar nuestra misión: impedir el mate contra el presidente del Congreso. Decidimos preparar el dispositivo para frenar a los vasco-árabes con todo lujo de detalles, sin dejar margen a la improvisación. Nos reunimos la víspera en el apartamento de Souleimán, que se había convertido ya en la casa de Leiva. Mi socio dijo que iríamos en su *Renault Clío*, embestiríamos a la altura de Nuevos Ministerios al camión, que no tendría más remedio que parar, y, sin mediar palabra, esparciríamos toda la carga por la Castellana. A mí me pareció un plan perfecto.

Quedamos en que me recogería a las seis y media de la mañana en mi casa. No pude pegar ojo en toda la noche. El peso de la responsabilidad me oprimía el pecho, veía a los vasco-árabes por todos lados e incluso pude oír al busto de Julián Besteiro recriminándome mi incompetencia, mi falta de agallas. A las 5,45 horas, cuando estaba en duermevela, sonó el despertador. Me afeité, me duché y desayuné en menos que canta un gallo y a las 6,25 horas estaba en el portal del número 69 de la calle Donoso Cortés, en perfecto estado de revista, dispuesto a cumplir con mi destino.

Leiva llegó a las 6,40 horas, con diez minutos de un retraso injustificado. Paró el coche de un frenazo seco y pude ver que el asiento de atrás estaba ocupado por tres personas. No, perdón, eran dos personas y una perra.

-¿Pero a qué estás jugando, por el amor de Dios, le grité a mi socio.

-¿Sube y ahora te explico, me respondió visiblemente nervioso.

En el interior del vehículo estaban Souleimán, preso de un ataque de celos, el primo de Leiva, que no paraba de insultar a su pariente, y *Lisa*, la dóberman que nos ayudó en el trabajito de San Fernando de Henares, con un cuadro depresivo severo por acoso. El griterío en el coche era ensordecedor. Entonces me puse a llorar como un chiquillo y todos se callaron. Leiva aprovechó la ocasión para pedir un poco de cordura y para hacerles ver a nuestros acompañantes que los problemas quedaban aplazados hasta que finalizara nuestra misión.

A las siete y un minuto llegamos en la intersección de Castellana, Leiva paró el coche y puso la señal de avería. Diez minutos más tarde, Souleimán vio pasar por delante a los tres vasco-árabes en un camión mediano, de marca Pegaso. ¿Son ellos, sin duda, dijo el somalí. Mi socio arrancó echando chispas y nos situamos justo detrás. A la altura del estadio Bernabéu nos dimos cuenta que nos habían descubierto por un movimiento brusco que realizó el camión. Leiva no le perdió rueda en una maniobra en la que estuvo a punto de llevarse por delante a un motorista de Correos. El conductor del camión

aceleró y se saltó un semáforo en rojo. Mi socio no se cortó y le siguió la estela tras sortear a un vendedor de la ONCE y a su

perro-guía, un labrador color canela, de nombre Canelo. A unos 200 metros de Nuevos Ministerios, Leiva adelantó al camión y mantuvo a su *Clío* a la expectativa. Souleimán rezaba, el primo de Leiva rezaba, yo rezaba y la perra ladraba. Mi socio estaba en un estado de excitación que rozaba la locura, pero acertó a decir: «Ya son nuestros!».

Justo en el lugar fijado, Leiva viró bruscamente y embistió al camión. El primo de mi socio y la perra acabaron encima de Souleimán, que en aquel mismo momento lamentó profundamente haber tenido un ataque de celos esa misma mañana por la estrecha relación que Leiva tenía conmigo. Los dos vehículos quedaron parados, bloqueados en la calzada.

Entonces, como contagiado por mi compañero, salí del coche y pronuncié mi grito de guerra favorito, reprimido desde mi más tierna infancia: «Al ataque!» El primero en seguirme fue mi socio, después su primo y *Lisa* y, por último, Souleimán, que pasó un calvario para salir del *Clío*. Cuando el grupo vasco-árabe quiso reaccionar, alrededor de un centenar de cajas estaban espachurradas en el asfalto de la Castellana. El vino y el tabaco de las colillas comenzaron a formar una masa pastosa, entre rubia y morena, que parecía cobrar vida por momentos. El comando de Martínez-Pujalte, el mismo que tenía acreditadas cien misiones con un cien por cien de éxito, permanecía absorto, contemplando cómo su mercancía y su misión escapaban Castellana abajo, perdiéndose camino del sistema de cloacas de Madrid.

Aprovechamos esos momentos de incertidumbre para poner pie en polvorosa y nos refugiamos todos en un *VIP* cercano pese a que un cartel en la entrada dejaba bien claro que no se admitían perros. Desde el interior, vimos a los vasco-árabes discutir airadamente con dos policías locales y golpear con furia las cajas esparcidas por la calle. El espectáculo nos provocó una explosión de carcajadas. Entonces, me acordé de que habíamos dejado el *Clío* de Leiva en el lugar de los hechos, pero a él no pareció importarle mucho.

-«Querido Agapito, ese problemilla menor lo soluciona el presidente del Congreso. Yo, como tú comprenderás, no he estado aquí, y a partir de la semana que viene, conduciré un coche nuevo, un *Mercedes* descapotable último modelo, recién salido de fábrica ¿Para qué están los fondos reservados, compañero?» me soltó Leiva mientras levitaba por encima de todos nosotros, sacando de su depresión a *Lisa*, que reaccionó con unos ladridos muy terapéuticos y entusiastas que provocaron que nos pusieran de patitas en la

calle. Cuando mi socio descendió de la estratosfera, Souleimán lo agarró de la mano y lo acarició con una ternura infinita. Leiva se convirtió por unos segundos, quizás por unas décimas de segundo, en el hombre más feliz del mundo. Pero recuperó pronto el sentido de la realidad, me pidió el móvil, sacó un papelito del bolsillo derecho de su pantalón, marcó un número de teléfono y me dijo, mientras esperaba, que era el directo del presidente del Congreso.

-õSeñor presidente, es un honor para mí, en nombre de mi compañero Agapito López Bartolomé, y en el mío propio, Antonio Leiva Garzón, y en el de todos los ujieres y policías del Congreso, comunicarle que hemos logrado neutralizar totalmente al comando de Martínez-Pujalte. La misión se ha completado sin daños personales, pero mi *Clío*, como era previsible, ha quedado destrozado. Ya sabeö, concluyó Leiva.

-õMuchas gracias. Estoy tan emocionado que sólo puedo deciros que han hecho ustedes un gran servicio a España, con gran discreciónö, respondió el presidente el Congreso.

Leiva y yo decidimos que acudiríamos vestidos con nuestras mejores galas a los actos del Día de la Constitución en el Congreso de los Diputados. Yo fui el primero en llegar. Entré sin pisar la alfombra roja que se había desplegado desde la entrada principal a la puerta del palacio del hemiciclo. Salados, con cara de pocos amigos, me abordó de inmediato y me recriminó que hubiera llegado tarde. Me recordó que hoy ya no estaba liberado de servicio. Quise explicarle, pero me cortó en seco: õEl asunto está zanjado pese a que ustedes no entregaron el informe previsto en los términos comprometidos. Un acto de indisciplina que, sin embargo, el señor Marín no quiere que se castigue. En fin, cosas de estos presidentes modernos. Pero yo no lo voy a pasar por alto y el comisario tampoco. Ahora mismo se cambia usted de ropa para una nueva misión. Coja una camisa blanca del vestuario y una pajarita negra, vístase y preséntese aquí de inmediato. Hemos tenido un imprevisto: los camareros del *catering* contratado se han intoxicado en un banquete de lujo y están todos en La Pazö.

No dije ni pío y me dirigí al vestuario lamentando mi mala suerte: en apenas unas horas había pasado de ser un héroe nacional a un camarero con formación de ujier. Algo parecido debió sentir Leiva, que estaba en esos momentos en posición de firme con una metralleta en bandolera, haciendo guardia junto a uno de los leones del Congreso. Souleimán lo consolaba desde la acera de enfrente.

El acto principal fue el discurso del señor Marín. Lo pude escuchar porque estaba muy cerca, en una especie de *office* instalado en las dependencias del Gobierno, preparando las bebidas que repartiríamos en el cóctel posterior. A las 12,00 horas, el presidente del

Congreso de los Diputados comenzó agradeciendo la presencia a las autoridades, y de inmediato, inició su discurso: «Hoy es un día muy especial para los españoles. Celebramos, con absoluta normalidad pese a las diferencias existentes, el Día de Nuestra Constitución».

Al final, el señor Marín quiso dedicar sus palabras «a aquellos españoles que, dejando a un lado sus intereses particulares, han sabido ofrecer lo mejor de sí mismos para que hoy podamos disfrutar de un régimen de libertades que está a la vanguardia de las democracias occidentales». «De entre todos ellos quiero destacar a los ujieres y a los policías del Congreso, que son los celosos guardianes de las Cortes Generales, de nuestras Cortes Generales, para que puedan seguir siendo la Casa de las Leyes por los siglos de los siglos. Gracias Antonio, gracias Agapito», sentenció arrancando la unanimidad por primera vez en la legislatura. Me emocioné un poquito, los segundos que tardó nuestro jefe en ordenarnos: «¡Chicos, al salón!». Me encontré con Clarín, que me metió en el bolsillo de la camisa una nota, con el número de su móvil, que decía: «Para mi héroe, de una admiradora. Siempre tuya, Clarín».

Cuando el cóctel languidecía, pude ver cómo el presidente Marín se acercó a Benegas y a Astarloa, les pidió que le acompañaran hasta el patio del Congreso con la excusa de que quería hacerse una fotografía con ellos. Cuando estuvieron allí, el señor Marín sacó un paquete de Winston y otro de LM rubio y les ofreció un cigarrillo. Los diputados encajaron la indirecta y aceptaron encantados. «Cómo eres, Manolo», le dijeron. El presidente se guardó las cajetillas parsimoniosamente en el bolsillo derecho de su chaqueta y sacó del izquierdo una petaca de cuero de Ubrique de la que extrajo un puro *cohíba* como si desenfundara una espada. Lo cortó ante la mirada atónita de Benegas y Astarloa, pasó el fuego de una cerilla por la epidermis del tabaco tostándolo sin quemarlo y lo encendió.

Fui testigo del prodigio de aquella primera calada, que le trasladó hasta Milán, su destino otoñal, y que le hizo comprender que algún día, cuando las sombras se apoderaran de sus días y sus noches, compartiría con Besteiro y el resto de los presidentes del Congreso la gloria de la inmortalidad de la memoria. Sería, sin duda, recordado aunque fuera a través de un busto en la M-30 o un retrato, y quién sabe, a lo mejor, el policía tenía razón y podría algún día volver a tener la palabra, a ser portavoz de todos ellos en una situación de crisis.

Martínez-Pujalte presenció la escena del presidente Marín fumando el *cohíba* mientras conocía por teléfono el estrepitoso fracaso de la operación final de la conspiración. Al

otro lado de la línea, el dueño de Kale Levante no podía ocultar su decepción: «Vicente, esto es el fin. El comando ha sido retenido por la policía y acaba de llegar ahora mismo al restaurante. Ha fracasado. Estaba todo preparado. Salados esperaba al camión en la puerta principal del Congreso, con la pertinente autorización de Marín para dejar entrar la remesa de vinos enviada por el sector vitivinícola español para la degustación prevista en enero con motivo de la Ley del Alcohol. El dispositivo explosivo de dispersión To Intimidate Marin (TIM), adquirido en el mercado negro de Hong Kong a un antiguo agente de la KBG, hubiera cubierto de colillas y bañado de vino el Congreso en pocos minutos, en la hora crítica en que Marín hubiera empezado su discurso. El artilugio estaba contrastado: cuenta con el certificado de calidad ISO 9001. Creo que el presidente ha utilizado todo el aparato del Estado, con perros adiestrados incluidos, para derrotarnos. El comando vasco-árabe dice que los modos de los agentes son propios de Mossad israelí. ¿Qué vamos a hacer, Vicente? Sin apoyo institucional, el año que viene estaremos en Segunda división. ¿No puedes inventarte una pequeña conjura, una conspiración de poca monta, una trama de *chichimosca* para salvarnos, Vicente?».

El diputado popular escuchaba a su interlocutor sin prestarle atención y cortó la conversación súbitamente. Se acercó al presidente con los ojos inyectados de sangre y a dos palmos de su cara le espetó: «Has ganado una batalla, pero no la guerra. Algún día pagarás el daño que le has hecho a la afición *levantinista*». El señor Marín chupó todo lo que pudo su puro y le lanzó una humareda que provocó que, por un momento, Martínez-Pujalte pareciera un ser demediado primero y decapitado después. Se dio media vuelta y huyó. Sacó su teléfono y marcó el número de su contacto en *La Razón*. Le contó toda la historia, eludiendo el escabroso asunto de la conspiración. Al día siguiente, el periódico que viera la luz como un hijo tardío de Luis María Ansón Oliart publicó un breve en la página 69, que decía así: «El presidente del Congreso, Manuel Marín, ha roto definitivamente con el presidente Rodríguez Zapatero y su Gobierno. Ayer, en pleno acto del Día de la Constitución, se le pudo ver fumándose un puro *cohíba* -posiblemente regalado por el dictador Fidel Castro vía Felipe González- a escasos metros del hemiciclo, en clara señal de desafío. Está visto que los socialistas son los primeros que no cumplen las leyes que ellos mismos promulgan en esta España que se consume como una colilla mal apagada en el cenicero de las autonomías».

LEMA: «BREVE EN LA PÁGINA 69»

POR JORGE TORRES ENDRINA (PSEUDÓNIMO DE JORGE BEZARES).